



# El Escapulario

Cofradías de Nuestra Señora del Carmen - Año VIII, No. 92  
Suplemento del Boletín de la OCDS - Septiembre-Octubre de 2015

## EL ESCUDO CARMELITANO

**E**l Escudo Carmelitano es un emblema verdaderamente bello por su sencillez, celebre por su antigüedad y sagrado significado.

Esta compuesto de fondo blanco en la parte superior y marrón la inferior, representa el vestido que la Stma. Virgen llevo en vida y el habito de los carmelitas.

Así mismo la parte inferior marrón indica el Monte Carmelo donde vivió la Stma. Virgen durante su vida mortal, la Cruz fue agregada por San Juan de la Cruz en la época de la reforma, representado a Nuestro Señor Jesucristo. En el centro de color marrón (Monte Carmelo), se encuentra una estrella plateada, que representa a la Stma. Virgen María.

El fondo blanco de la parte superior significa que el profeta Elias contempló a la Stma. Virgen María en una nubecilla blanca, en el mismo fondo se posan dos estrellas, doradas las cuales representan a dos grandes profetas N.N.P.P. Elias y Elíseo.

En la parte superior del escudo se encuentran doce estrellas las cuales significan la corona de la Stma. Virgen María, simbolizan los doce grandes favores y gracias que concedió a su orden y de manera especial, los doce privilegios y gracias singulares con el que el Señor ensalzo a María.

De la corona que se encuentra en la parte superior del Escudo sale un brazo que sujeta una espada, se le atribuye al Santo Patriarca Elias, termina en un punta en llama de fuego con esta dio muerte a los falsos profetas de Baal en el Torrente de Gison, por la honra de Nuestro Señor Dios Padre.

A la vuelta de la espada hay una inscripción en latín que dice: ZELO ZELATUS SUM PRO DOMINO DEO EXERCITUUM, me abrazo, me consumo de celo por el Señor Dios de los Ejércitos.





## *Oración y meditación, medios para una vida sana*

Los evangelios relatan que Jesús llevaba una vida de oración. En diferentes pasajes se lee que se retiraba a lugares apartados para orar (Lc 6, 12), y en otra ocasión los apóstoles le pidieron que les enseñara a hacerlo (Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4). Así, orar es una parte esencial de la vida cristiana que no puede dejarse de lado, por lo que hablar de una persona cristiana

es hablar de una persona de oración.

Pero hay que diferenciar entre rezar y orar. La primera ac-

ción se refiere a la repetición o lectura de una fórmula ya establecida, compuesta por alguna otra persona; tal es el caso del rezo del Padre Nuestro, el Ave María o los salmos. En cambio, la oración es un diálogo espontáneo, sin guión; es comunicarse con Dios a través de un diálogo continuo, por medio del cual expresamos pensamientos y emociones personales, alabamos o presentamos peticiones.

Por supuesto que esto no significa que los rezos tienen poco valor frente a la oración, sino que simplemente se hace la distinción para marcar las características que tienen una y otra formas de entablar la comunicación con Dios. Rezar fue también una característica de N. S. Jesucristo,

de quien Mateo (14, 19; 26, 30) menciona sus oraciones litúrgicas de acuerdo con la costumbre judía: bendición de los alimentos y recitación de los salmos.

Consideremos dos oraciones muy bien establecidas: el Santo Rosario y el Padre Nuestro. Para el primero, el modo de hacerlo enfatiza que cada misterio va a meditar, lo cual significa que va a concentrarse la atención profundamente en un objeto externo o en una idea; en este caso la idea es el misterio correspondiente. De aquí que rezar es una práctica de meditación sobre lo que se está leyendo o diciendo, y no solamente la repetición mecánica de una serie de frases vacías. Por otro lado, cuando rezamos el Padre Nuestro --la oración que Jesucristo nos enseñó--, el mayor valor de esta práctica consiste en meditar sobre cada una de las frases,





interiorizarlas, comprenderlas a profundidad y, como consecuencia, llevarlas a la práctica.

Por ejemplo, la primera frase dice: “Padre nuestro que estás en el cielo”; la meditación nos hace comprender que es una oración comunitaria, aunque la digamos solos. Y es así porque nadie es cristiano individualmente, sino como miembro de una comunidad, aquélla que vino a fundar Jesús. En consecuencia, todo acto sacramental debe ser comunitario o como parte de los actos de una comunidad.

Por otra parte, hemos de fijarnos que la palabra Dios no aparece. Nos dirigimos al Padre, por lo que hay que meditar en las consecuencias de esto. Padre es quien por amor comunica su propia vida, de manera que al decirle Padre a Dios, queremos hacerle saber que hemos recibido esa vida, la cual es dada por el Espíritu. Quien no se sienta hijo, quien no sea hijo, no podrá dirigirse a Dios como Padre.

Como todo en la vida, orar implica trabajo; un trabajo interior que su práctica constante genera un cambio, una transformación que en la doctrina cristiana se relaciona con la conversión. La esencia de la oración es la atención, de la que depende la calidad de la relación entre las personas, mientras que el eje sobre el que gira toda oración es Dios. Ésta siempre debe ser cristocéntrica o teocéntrica y nunca egocéntrica, lo cual significa que no debe hacerse para pedir beneficios personales sino de escuchar, de ahí que la oración tiene tres elementos: quietud, silencio y simplicidad.

Quietud implica ausencia de movimiento; si-



lencio significa ausencia de ruido interior, de distracciones, con lo que se logra la total atención, y simplicidad quiere decir evitar métodos complicados. Respecto a esto último, un ejemplo es la forma de orar de san Francisco, de quien se dice que pasaba toda la noche simplemente repitiendo: “Señor mío y Dios mío”. Con ello, el santo iba de la mente al corazón entregándose a la meditación profunda. La oración así concebida, como todo buen trabajo, conlleva un compromiso, de manera que también permite que toda labor realizada en la vida diaria sea obra de Dios y esté centrada en Dios.

En la misma tradición se asegura que su práctica constante reduce el pecado y aumenta las buenas acciones, por lo que se alcanza mayor paz y felicidad. Que el Señor nos bendiga y nos guarde.

Tomado de un artículo de Antonio Lara Barragán Gómez OFS



# Pensamiento del Padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, OCD

La verdadera perfección consiste en la imitación de Cristo, por eso no siga otros pasos que los de Cristo Jesús.

Procure que ninguna cosa le entre en el corazón sino Jesucristo, para no hacer cosa, ni decir palabra, ni tener pensamiento, que no hiciera, dijera o tuviese Cristo.

Todo lo bueno es de Dios, venga por donde vi niere y cuando Dios es servido, todas las dificultades se allanan. Tengo por experiencia que cuando más sinceramente dejamos hacer la voluntad de Dios, salen los frutos en mayor honra y gloria suya.

El camino de la Cruz es el más derecho para la bienaventuranza. Por eso quien se va acercando tanto a Cristo Crucificado, razón es que experimente más que otro a qué sabe la cruz de los trabajos. Aunque nunca falta un Simón Cirineo que ayude a llevar la Cruz.

El verdadero amor causa que el alma se aparte del amor de todas las criaturas y sólo se abrace con Cristo, poniendo en Él solo toda su confianza.

El alma cuando llega a esta embriaguez de amor, no desea otra cosa sino Dios y más Dios, entonces dice: “Abre, Señor, ese corazón, dame morada en ese tu pecho, déjame entrar en esa fuente de agua clara, que vengo como el ciego sediento a buscar defensa, amparo y refrigerio”.

